

sas, en medio del Bósforo, á igual distancia de las tres orillas; y tiñe de una sangrienta claridad las montañas, la escuadra y aquella innumerable muchedumbre de espectadores, cuyos caiques cubrían el mar. Nunca he presenciado mas hermoso espectáculo; parecia que se rasgaba la bóveda de la noche y dejaba ver un mundo encantado, con elementos, montañas, mares y cielos de una forma y de un color desconocidos, y millares de sombras vaporosas y fugitivas flotando sobre olas de luz y fuego. Luego todo quedo sepultado en silencio y tinieblas; las candilejas apagadas como al soplo del viento, desaparecieron de todas las vergas, de todas las troneras de los navíos, y la luna, saliendo de un valle entre las cimas de dos montes, vino á derramar su luz mas templada sobre el mar, y á destacar sobre un fondo de perlas las enormes moles negras, y los espectros disecados de los palos, de las vergas y de los obenques de los navíos. El sultan se volvió á su palacio en su ligero barco de vapor, cuya columna de humo arrastraba sobre el mar, y se desvaneció en silencio como una sombra que hubiera ido á asistir á la ruina de un imperio.

No recordaba aquella escena á Sardanápalo iluminado con los resplandores de su hoguera los despojos de su trono derruido; aquello era el asesinato de su imperio agonizante, precisado á pedir á sus enemigos apoyo y proteccion contra un esclavo rebelde y asistiendo a la gloria de aquellos y a su pro-

pia humillacion. ¿Qué podian pensar los graves y fieles osmanlis que veian los fulgores del campamento de los bárbaros cristianos y las luminarias de su regocijo resplandecer sobre las montañas sagradas de Asia, sobre las mezquitas y hasta sobre las murallas de los antiguos serrallos? ¿Qué pensaba el mismo Mahmud bajo la afectada sonrisa de sus labios?

¿Qué serpiente le devora el corazon? ¡Ah! habia en aquello algo que era profundamente triste, algo que partia el corazon para él, y que, en mi concepto, hubiera debido bastar para suscitar en su alma el heroismo por medio del remordimiento.

Y tambien habia algo que era profundamente consolador para el pensamiento del filósofo que reconoce á la Providencia y ama á los hombres, en contemplar esa irresistible fuerza del tiempo y de las cosas que hacia caer desmoronado un imperio inmenso, obstáculo á la civilizacion de la mitad del Oriente, y llevaba paso á paso, á aquellos hermosos paisés, razas de hombres mas activos, dominaciones mas humanas y religiones mas progresivas.

Julio.

Hoy he comido en casa del baron de Sturmer, con el príncipe real de Baviera, que vuelve de Grecia y se detiene algunos dias en Constantinopla. Este jóven príncipe, sediento de instruccion, y bastante sensato para olvidar en la apariencia el trono que le espera, solicita la conversacion de los hombres que no tienen interes en adularle y se forma escuchàndolos:—él por su parte se esplica perfectamente.

—El rey mi hermano (1), me dijo, está indeciso aun en la eleccion de su capital, y deseo saber su opinion de vd.

—La capital de la Grecia, le respondí, está designada por la naturaleza misma del suceso que ha reconstruido á la Grecia.

—La Grecia es una resurreccion; cuando se resucita, es preciso renacer con la misma forma y el mismo nombre, con una completa individualidad. Atenas con sus ruinas y sus recuerdos, es la señal de reconocimiento de la Grecia; preciso es, pues, que

(1) Oton I, rey de Grecia, hijo segundo del rey de Baviera.  
—N. del T.

renazca en Atenas, ó nunca será mas que lo que es hoy,—una pobre tribu diseminada en los riscos del Peloponeso y de las Islas.

Julio

Partida de la escuadra y del ejército ruso. Ya saben ahora el camino, ya han acostumbrado á los turcos à verlos.—El Bósforo queda desierto é inanimado.

Mis caballos árabes llegan por el Asia Menor. Tedmor, el mas hermoso, y el que yo mas queria de todos, ha muerto en Magnesia, casi en el término del camino: los saís le han llorado, y todavia lloran contándome su fin: este noble bruto fué la admiracion de todas las ciudades de la Caramania por donde pasó. Los otros están tan flacos y tan molidos, que necesitarian un mes de descanso para ponerse en estado de hacer el viage de la Turquía, de Europa y de Alemania. Vendo los dos mas hermosos á M. de Boutenief para las caballerizas del emperador de Rusia, y los otros tres à diferentes personas de Constantinopla. Siempre me acordaré con sentimiento de Tedmor y de Saide.

Acabo de ajustarme con unos turcos de Stambul y del arrabal de Eyub, poseores de esos carruages en que van las mugeres por las calles de

Constantinopla; me alquilan cinco *arabas*, tirados cada uno por cuatro caballos, para llevarnos en veinticinco dias de marcha hasta Belgrado, á mi muger y á mí, á M. de Capmas, á mis criados y todo el equipage. Alquilo dos tártaros para dirigir la caravana, y los camellos y machos necesarios, con sus conductores, para llevar las camas, la cocina, los cajones de libros, &c.; y en fin, seis caballos de montar para nosotros, para cuando los caminos no nos permitan viajar en *araba*.

El coste de todos estos caballos y carruages es de sobre cuatro mil francos (diez y seis mil reales). Un escelente intérprete nos acompaña à caballo. Fijamos la partida para el 23 de Julio.

Julio.

Esta madrugada salimos de Constantinopla á las dos; los caballos y los equipages nos aguardaban en el arrabal de Ayub, en una placita, no lejos de una fuente rodeada de plátanos, al lado de un café turco. Se reune mucha gente para vernos salir, pero no experimentamos insulto ni pérdida de ninguna especie:—la probidad es la virtud de las calles; en Turquía es ménos comun en los palacios. Los turcos que están sentados bajo los árboles junto al café, los muchachos que pasan, nos ayudan

á cargar nuestros *arabas* y nuestros machos, y recogen y nos traen los objetos que se caen ó que se nos olvidan.

Nos ponemos en camino al salir el sol, todos á caballo, y subiendo las largas y empinadas calles solitarias que van del arrabal de Eyub á las murallas griegas de Stambul. Pasamos á un cerro pedado y desierto, dominado por un soberbio cuartel: dos batallones del *nysam djerid*, tropas regulares, están haciendo el ejercicio delante del cuartel. M. Ruqui y los jóvenes griegos de su consulado han querido acompañarnos, y allí nos separamos de ellos:—abrazamos á aquel hombre escelente que ha sido para nosotros una Providencia en nuestros dias de aislamiento. En la desesperacion, una amistad de dos meses es como una amistad de largos años. ¡Quiera Dios premiar y consolar los últimos años de este hombre de consuelo! ¡Quién sabe si nos volverémos á ver en la tierra? Partimos para una larga y azarosa peregrinacion; él se queda triste y enfermo, lejos de su esposa y de su patria. En vano quiere ocultarnos sus lágrimas,—y las nuestras mojan sus manos trémulas.

Hacemos alto á tres leguas de Constantinopla, para dejar pasar las horas mas calurosas.—Hemos cruzado un pais cubierto de collados que señorean el mar de Mármara;—pocas casas, diseminadas en los campos;—ningun pueblo.—A las cuatro proseguimos nuestro camino, y siguiendo siempre una

cordillera de cerros bajos, anchos y pelados, llegamos a un pueblecito donde nuestros tártaros, que han tomado la delantera, nos han hecho disponer una casa, perteneciente á una excelente familia griega:—tres mugeres amabilísimas:—niños admirablemente hermosos.—Tienden alfombras y cogenes sobre el piso de madera, para que pasemos la noche. Mi cocinero se proporciona arroz, gallinas y verduras en abundancia.—A las tres de la madrugada ya está la caravana en pié.—Unos de mis tártaros sale algunas horas antes. Despues del descanso de medio dia, en la orilla de una fuente ó á la sombra de algunas ruínas, nuestro tártaro batidor toma mis órdenes, va á galope á la ciudad ó á la aldea donde pensamos hacer noche, y lleva mis cartas del gran visir al bajá, al agá, al *ayam* ó señor del pueblo. Estos eligen la mejor casa griega, armenia ó judía de la poblacion y avisan al dueño que la prepare para unos estrangeros: á ella hacen llevar los forrages necesarios para los treinta y dos caballos de que se compone nuestra caravana, y á veces una buena cena para todos. El *ayam*, acompañado de los principales vecinos y de algunos ginetes, si hay tropas en el pueblo, sale á recibirnos á cierta distancia y nos acompaña á nuestra posada, se apea con nosotros, nos introduce, hace traer pipas y café, y á los pocos momentos se retira con su comitiva. En seguida voy á pagarle su visita.

De Constantinopla á Andrinópolis, nada hallamos notable y pintoresco mas que la inmensa estension de las llanuras sin habitaciones ni árboles, cruzadas de trecho en trecho, por un rio acanalado y medio seco, que pasa bajo los arcos de algun puente arruinado. Por la noche, apenas se halla una mala aldea, en el fondo de algun valle rodeado de huertecillos:—los vecinos son todos griegos, armenios ó búlgaros. Los *kans* de estas aldeas son unos miserables corralones.

Así continúa el camino por espacio de cinco dias sin que encontremos alma viviente: esto parece un desierto de Siria.

Solo una vez nos hallamos en medio de treinta ó cuarenta labradores búlgaros, vestidos como europeos, y con gorros negros de piel de carnero, que van á Constantinopla y caminan al son de dos gaitas. Prorrumpen en gritos al vernos, y se precipitan hácia nosotros pidiéndonos algunas piastras: estos infelices son los saboyanos de la Turquía de Europa; suelen emplearse en guardar los caballos del Gran Señor y de los bajás en las dehesas de las aguas dulces de Asia y de Bnyukderé, y son los hortelanos y jardineros de Stambul.

El sexto dia por la mañana vemos á Andrinópolis en el remate de estas llanuras, en una hermosa hondonada entre dos montañas. La ciudad parece inmensa y la señorea su hermosa mezquita, que

es el mas bello monumento religioso de la Turquía despues de Santa Sofia; construyóle Bayaceto en los tiempos en que Andrinópolis era la capital del imperio. Los campos, dos leguas antes de la ciudad, están sembrados de trigo, viñas, y toda especie de árboles frutales; numerosos arroyos serpentean por el llano. Entramos en un largo arrabal, atravesamos la ciudad en medio de una muchedumbre de turcos, de mugeres y de muchachos que se agolpan para vernos; pero que, lejos de importunarnos, nos manifiestan suma atencion y respeto. Las personas que han salido á recibirnos nos conducen á la puerta de una hermosa casa, perteneciente al señor Vernazza, cónsul de Cerdeña en Andrinópolis.

Pasamos dos dias en Andrinópolis en la deliciosa casa de este cónsul. Su familia está algunas leguas de aquí, en las orillas del rio Maritza (el Ebro de los antiguos):—hechicera vista de Andrinópolis, por la tarde desde la azotea del señor Vernazza. Tres rios riegan la ciudad, que es bastante grande,— el Ebreo, el Arda y el Tundicha, y por todas partes está cercada de bosques y de agua, que limitan hermosas cordilleras.

Visita á la mezquita, edificio parecido á todas las mezquitas; pero mas elevado y espacioso: nuestras artes no han producido nada mas atrevido, mas original, ni de mas efecto que este monumen-

to y su minarete, columna calada de mas de cien pies de cuerpo.

Salimos de Andrinópolis para Filipópolis; el camino atraviesa por desfiladeros y risueñas cañadas llenas de árboles, aunque desiertas, entre las altas cordilleras de los montes del Rodopo y del Hemo:—tres dias de marcha:—graciosas aldeas;—por la tarde, á tres leguas de Filipópolis veo en la llanura una muchedumbre de ginetes turcos, armenios y griegos, que acuden hácia nosotros á galope. Un bizarro mancebo, montado en un soberbio caballo llega primero y me toca con el dedo; luego se pone á mi lado, me habla en italiano, y me esplica que habiéndome él tocado primero debo aceptar su casa, cualesquiera que sean las instancias de los demas para llevarme consigo. En seguida llega el kiaia del gobernador de Filipópolis, me saluda en nombre de su señor, y me dice que el gobernador me ha hecho disponer una casa espaciosa y cómoda y una cena, y que quiere que me detenga algunos dias en la ciudad; pero insisto en aceptar la casa del jóven griego llamado Maurides.

Entramos á Filipópolis en número de sesenta ú ochenta ginetes; las ventanas y las calles están llenas de gente que sale á vernos;—nos reciben la hermana y las tias del señor Maurides:—casa espaciosa y elegante;—hermoso divan con veinticua-

tro ventanas y amueblado á la europea, adonde el gobernador y los principales vecinos de la ciudad vienen á visitarnos y á tomar café. Pasamos tres dias en Filipópolis, disfrutando la admirable hospitalidad de Maurides, recorriendo las cercanías y recibiendo y pagando las visitas de los turcos, los griegos y los armenios.

Filipópolis es una ciudad de treinta mil almas, situada á cuatro jornadas de Andrinópolis y á ocho de Sofía, en la orilla de un rio, sobre un cerro aislado en medio de un ancho y fértil valle: es uno de los mas hermosos asientos naturales de una ciudad que es posible imaginarse; la cima de la montaña está coronada de casas y de jardines, y las calles bajan serpeando circularmente para que no sean tan rápidos los declives, hasta las orillas del rio, que circula al pié de la ciudad y la cerca con un foso de agua corriente; el aspecto de los puentes, de los jardines, de las casas, de los corpulentos árboles que se alzan en las márgenes del rio, de la llanura arbolada que separa al rio de las montañas de la Macedonia, y de esas mismas montañas cuyas laderas están cortadas por torrentes cuya blanca espuma se alcanza á divisar, y salpicadas de aldeas ó de grandes monasterios griegos, hace del jardín de nuestro huésped uno de los puntos de vista mas admirables del mundo; la ciudad está poblada, en igual proporción, por griegos, armenios, y turcos. Los griegos son en general instruidos y comercian-

tes; los mas acomodados envian á sus hijos á educarse en Hungría, con lo que luego se les hace mas pesada la opresion de los turcos: aspiran por la independencia de sus hermanos de la Morea.

Salimos de Filipópolis, y llegamos en dos dias á una linda ciudad, en una llanura cultivada, llamada *Tatar-Bazargik*, que pertenece, lo mismo que la provincia circunvecina, á una de aquellas grandes familias feudales turcas, de que existian cinco ó seis razas en Asia y en Europa, respetadas por los sultanes. El jóven príncipe que posee y gobierna á *Tatar-Bazargik*, es hijo del antiguo visir Huseim-Bajá. Nos recibe con una hospitalidad caballeresca, nos da una casa recién construida en la orilla de un rio que rodea la ciudad; casa grande, elegante y cómoda, perteneciente á un armenio muy rico:—apenas estamos instalados en ella, cuando vemos llegar quince ó veinte esclavos, cada cual con una bandeja de estaño sobre la cabeza, y que ponen en el suelo á nuestros piés una multitud de arrozadas, de pasteles, de platos de caza y de dulces de toda especie, procedentes de las cocinas del príncipe;—me traen de regalo dos hermosos caballos, que rehuso;—y varias reses para el sustento de mi comitiva.—Al dia siguiente empezamos á ver los Balkans, hermosas montañas cubiertas de árboles, de aldeas, de plantíos, pobladas por los búlgaros. Seguimos todo el día las